

Migración internacional y desarrollo. Evidencias del aporte de los mexicanos a la economía de Estados Unidos

Alejandro I. Canales

En los últimos años, la relación entre migración y desarrollo (M-D) ha vuelto a ocupar un lugar privilegiado en las agendas académicas y políticas de los gobiernos nacionales, así como de las más diversas agencias internacionales e instituciones supranacionales (OIM, 2003; FOMIN, 2004; Banco Mundial, 2006; SEGIB, 2006). En este sentido, desde mediados de los noventa se han impulsado diversos programas y políticas gubernamentales, y hemos asistido a la proliferación de publicaciones, foros, conferencias y reuniones de expertos de alto nivel, en los que se discuten y se acuerdan diversas estrategias para potenciar el impacto de las migraciones en los procesos de desarrollo de los países emisores.¹

¹ Tal es el caso del *Foro Global sobre Migración y Desarrollo*, que desde 2007 se celebra cada año; el *Diálogo de alto nivel sobre la migración internacional y el desarrollo*, organizado por las Naciones Unidas en 2006, así como el Encuentro Iberoamericano sobre migración y desarrollo, organizado por la SEGIB y realizado en Madrid en julio de 2006.

Cabe señalar que mucho de lo que actualmente se debate y se acuerda (esto es, de lo que se habla) en esos foros, así como lo que se difunde en revistas especializadas, libros y otras publicaciones recientes, termina finalmente plasmándose en las recomendaciones de organismos internacionales que sustentan las más diversas políticas gubernamentales en el área de la M-D.² En este sentido, resulta pertinente hacer una rápida revisión de lo que en esos foros y publicaciones se discute y propone. Al respecto, podemos señalar tres grandes cuestiones en torno a las que se centran todas estas propuestas y líneas de acción, a saber:

1. Las remesas son, sin duda, el tema hegemónico en todo el debate sobre la relación M-D. Aunque suele señalarse el papel de los migrantes como agentes de cambio social, tecnológico y productivo (De Has, 2007), al final este papel siempre termina vinculándose directamente al del impacto económico de las remesas (Acosta et al., 2006).
2. La relación M-D parece restringirse a lo que al respecto pueda suceder o proponerse para los países de origen de la migración (OIM, 2006). En los países de destino, la migración no se concibe como un problema de desarrollo propiamente. Por el contrario, en estos países se habla de una cuestión migratoria, que se configura desde otros campos sociales y políticos distintos al del desarrollo.³
3. En los foros de expertos, publicaciones académicas y programas gubernamentales hay una marcada preferencia por el cómo la migración (entiéndase, las remesas) podría promover

² Ejemplo de ello es el *Programa 3x1* que se implementa en México, y que ya se usa como virtual paradigma de migración y desarrollo por diversas instituciones supranacionales, gobiernos nacionales, ONG y agencias de la cooperación internacional.

³ Claro ejemplo es el libro de Huntington (2004) en donde plantea los riesgos que la inmigración mexicana y latinoamericana implican para la identidad cultural norteamericana.

un proceso de desarrollo económico en las regiones de origen de la migración, dejando amplios vacíos en torno al por qué la migración (léase, las remesas) podría tener tal impacto. En otras palabras, predomina ampliamente un discurso político por sobre uno académico o conceptual (Canales, 2008).

Frente a estas visiones hegemónicas de la relación M-D, en esos mismos foros y publicaciones se han levantado diversas voces y propuestas que cuestionan su validez conceptual y empírica (De Has 2005; Canales, 2006; Castles y Delgado, 2007) y plantean propuestas alternativas, tanto en lo que respecta al análisis y comprensión del fenómeno M-D como en lo que respecta al diseño de políticas y programas de acción en la materia.

Considerando lo anterior, en este texto aportamos evidencia empírica que permite apoyar esta visión crítica de la relación M-D. Para ello, en un primer momento presentamos una revisión del debate M-D, señalando las principales posiciones, tanto de sus defensores como de sus críticos. En un segundo momento, presentamos una serie de indicadores empíricos que permiten medir y evaluar el aporte de los migrantes mexicanos al desarrollo económico y social en Estados Unidos.

Migración y desarrollo, ¿un nuevo paradigma?

En los últimos años asistimos a un renovado interés en la migración internacional. No es sólo un interés académico por un fenómeno emergente, sino también un interés político y social, en virtud de las dimensiones cuantitativas que ha adquirido la migración en las últimas décadas, así como de sus potenciales impactos sociales, culturales y económicos. En este contexto, el debate tiende a focalizarse desde dos dimensiones diferentes pero complementarias. Por un lado, en relación con los efectos y consecuencias en los países de destino de la migración, y por otro lado, con los impactos y consecuencias en los países de origen.

Curiosamente, sin embargo, en una y otra dimensión el debate tiende a estar hegemonizado por un discurso que surge de organismos internacionales y gobiernos de los países centrales. En efecto, el discurso predominante sobre la migración internacional suele centrarse por un lado, en los problemas sociales, políticos y culturales que ella generaría en los países de acogida, y por otro lado, en las supuestas oportunidades y beneficios que la migración tendría para el desarrollo en los países de origen.

En el primer caso, en relación con las consecuencias en los países de destino, esta visión conceptualiza a la migración como un problema, al menos desde tres perspectivas:

- Por un lado, como un problema social y cultural, en términos de las tensiones sociales generadas por la inmigración masiva, así como por la ausencia de procesos de integración-asimilación de los migrantes en las sociedades de destino. Al respecto, tal vez la expresión intelectual más importante sea la de Huntington (2004), para quien los mexicanos y latinos, en general, no son el tipo de inmigrante necesario y deseable para Estados Unidos, pues en su horizonte de vida no está presente su asimilación ni su americanización, esto es, la adopción del modo de vida americano, lo cual, dado el carácter masivo de la inmigración contemporánea, no hace sino poner en riesgo la identidad nacional de Norteamérica.
- Por otro lado, se plantea la cuestión en términos de que los costos económicos de la inmigración (en seguridad social, educación, salud y carga fiscal, entre otros) que el Estado debe asumir para mantener a esta población inmigrante son muy superiores a los beneficios económicos que ellos generan (Smith y Edmonston, 1997; Borjas, 2001).
- Por último, se señala que los migrantes tienen un doble impacto negativo sobre el mercado laboral. Por un lado, desplazan a trabajadores nativos de sus puestos de trabajo, y por otro, mantienen deprimidos los niveles salariales. En ambos casos, la inmigración (especialmente indocumentada) no hace sino

ahondar los problemas sociales derivados del desempleo y bajos salarios (Borjas, 2001; Martin, 2002).

En todo caso, sea cual fuere la dimensión que se observe, desde esta perspectiva se enfatiza la cuestión en términos de los problemas sociales, económicos o políticos que plantea la inmigración masiva, máxime cuando se considera la alta proporción de migrantes indocumentados y que se establecen en forma irregular (Portes y de Wind, 2006). Una consecuencia de esta visión, es que ha abierto espacios para el surgimiento de posiciones extremistas que apoyan propuestas políticas de criminalización de la migración indocumentada, como sucedió en el debate en el congreso de Estados Unidos en años recientes, cuando se discutían proyectos de ley que buscaban regularizar la situación de los migrantes indocumentados.

En el segundo caso, en relación con las consecuencias en los países de origen de la migración, el argumento se invierte, y ya no se habla en términos de costos o problemas, sino en términos de efectos y oportunidades de desarrollo que la migración pudiera significar y generar para estos países (Straubhaar y Vâdean, 2005). En otras palabras, desde esta visión hegemónica, la migración para los países de origen es vista como una oportunidad para potenciar sus procesos de desarrollo económico y social (Kapur, 2004). Por un lado, se señala que los migrantes actuarían como agentes del cambio económico y social, que favorecen la innovación y transferencia de conocimiento y tecnología (de Has, 2007). Por otro lado, las remesas que ellos envían tendrían un gran potencial como instrumento para reducir la pobreza y promover el desarrollo económico en sus comunidades (Ratha, 2003; Adams y Page, 2005; Terry, 2006).

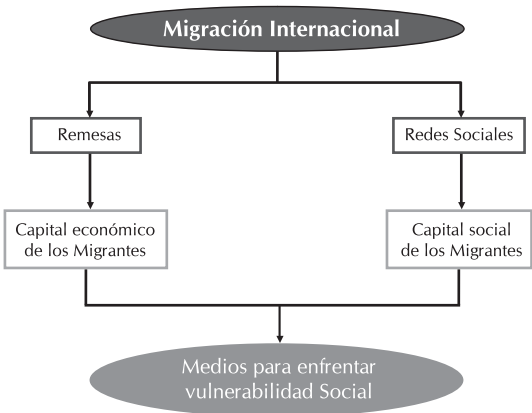
Lo interesante es que da la impresión que desde los organismos internacionales se estuviera impulsando un nuevo paradigma del desarrollo para el Tercer Mundo, según el cual, la migración y las remesas asumirían un rol preponderante, sustituyendo al rol que en anteriores esquemas y paradigmas del desarrollo habrían jugado tanto el Estado como el propio mercado (Canales, 2008).

En concreto, podemos identificar dos niveles desde los cuales las remesas y la migración tendrían tales efectos en el desarrollo económico.

Por un lado, a nivel microeconómico, y con base en el enfoque asset/vulnerability desarrollado por el Banco Mundial (Moser, 1998), se afirma que la situación de vulnerabilidad que enfrentan los migrantes y sus familias y comunidades podría ser contrarrestada con una adecuada gestión de los activos (assets) sociales, económicos, culturales, políticos y demográficos que ellos poseen y que pueden acrecentarse con la migración (capital social), independientemente de sus escasos ingresos y recursos económicos, así como de las condiciones que imponga el contexto estructural.

En este nuevo paradigma, las remesas conformarían una especie de capital económico, el cual junto a otros capitales sociales vinculados a la migración (redes familiares, trabajo familiar y comunitario y organizaciones de migrantes, entre otros), constituirían recursos privilegiados para las comunidades que podrían contribuir a superar las condiciones de vulnerabilidad social y precariedad económica, aún cuando las condiciones del entorno estructural en el que viven no les sean favorables. En

Esquema 1.



todo caso, tan sólo necesitan aprender a usarlos y gestionarlos correctamente. Medidas como el *empowerment*, el autoempleo y el aprovechamiento del capital social de los pobres constituirían mecanismos privilegiados para resolver su situación de vulnerabilidad. En este sentido, el esquema 1 ilustra este tipo de razonamiento aplicado para el caso de la migración y las remesas.

A nivel macroeconómico, este optimismo está basado en una serie de argumentos que enaltecen los impactos y efectos de las remesas en la dinámica económica de los países perceptores. En concreto, se señalan al menos cuatro formas a través de las cuales se canalizarían estos efectos positivos de las remesas.

- En primer lugar, se señala que aún cuando las remesas se usan fundamentalmente para financiar el consumo de los hogares, suele subestimarse el volumen de remesas destinadas a la inversión productiva en predios agrícolas y a la formación de empresas y negocios familiares en zonas urbanas, subestimando con ello el impacto de las remesas en la promoción del desarrollo local (Durand, 1994; Jones, 1995).
- En segundo lugar, diversos autores llaman la atención sobre los efectos multiplicadores de las remesas. No sólo las inversiones productivas, sino también los gastos de consumo financiados con remesas impulsan la economía nacional y local, ya que el incremento en la demanda de bienes de consumo dinamiza el mercado local y favorece la formación de nuevas empresas, impulsando la generación de nuevos empleos (Adelman y Taylor; 1990; Durand, Parrado y Massey, 1996; Zárate, 2007).
- En tercer lugar, se afirma que las remesas contribuyen a mejorar las condiciones de vida y bienestar de la población perceptora y a reducir la incidencia de la pobreza. Tanto por su volumen como por fluir directamente hacia quienes más las necesitan, sin necesidad de pasar por filtros burocráticos (Wahba, 2005), las remesas, más que ningún otro tipo de transferencia, tienen un efecto claramente positivo en la reducción de las desigualdades económicas, generando una distribución del ingreso más equitativa (Banco Mundial, 2004).

- Finalmente, se destaca la contribución de las remesas a la estabilidad macroeconómica de los países perceptores. Frente a otras fuentes tradicionales de divisas, las remesas muestran un mayor dinamismo y estabilidad, lo que las convierte en un ingreso más fiable y que permite solventar situaciones de crisis. De hecho, las series históricas muestran que en épocas de crisis económicas, cuando suele darse una huida de los capitales extranjeros y del ahorro nacional, las remesas, en cambio, se incrementan manifestando un comportamiento anticíclico e inflexible a la baja (Ratha, 2003; Canales y Montiel, 2004).

Migración y desarrollo. Una perspectiva crítica

Desde una perspectiva crítica, se han desarrollado enfoques alternativos que no sólo cuestionan la validez empírica de estos argumentos, sino también de sus fundamentos teóricos y políticos. En particular, se cuestiona el evidente reduccionismo y sesgo ideológico en la construcción del problema en torno a la relación M-D. Resulta, sin duda, sospechoso que la migración internacional resulte problemática y con efectos negativos para las sociedades receptoras, a la vez que resulte beneficiosa y oportunidad única para las sociedades de origen. Este obvio maniqueísmo parece más una forma de delimitar el debate sobre un tema amplio y multifacético, determinando *a priori* aquellos tópicos, perspectivas y aristas del debate que serían aceptables y negociables, a la vez que se excluye aquellas que de una u otra forma puedan cuestionar su posición hegemónica.

Al respecto, el primer punto a reivindicar es que el proceso M-D es un fenómeno mucho más complejo de lo que se acostumbra reconocer. Por un lado, es un tópico en torno al cual hay intereses y posiciones políticas, económicas e ideológicas muy diversas y contradictorias. Por otro lado, el proceso M-D no es en ningún caso de corte unilateral, sino que por el contrario,

representa simultáneamente tanto costos como beneficios para las regiones de origen y destino en su conjunto. Por último, y en consecuencia a esta visión integral del problema, el proceso M-D en el mundo actual hay que entenderlo como un fenómeno consustancial a la globalización (Canales, 2007). De esta forma, la migración internacional en el mundo contemporáneo no puede entenderse si no se consideran los cambios estructurales que la globalización de la economía mundial ha generado en el sistema de relaciones económicas internacionales (Castles y Miller, 1993; Sassen, 1998; Naïr, 2006).

La relación M-D no puede ser vista exclusivamente como un problema del y para el Tercer Mundo, sino que debe incorporar también los fenómenos y transformaciones de las economías de los países desarrollados y altamente industrializados, transformaciones que inciden directamente en la configuración de los procesos migratorios y de los flujos de remesas en el mundo contemporáneo. Se trata, en síntesis, de una visión más comprensiva que intenta integrar los procesos migratorios actuales en la dinámica de las transformaciones estructurales que genera la globalización de la economía mundial (Canales, 2007).

En este sentido, desde esta perspectiva crítica se afirma que esta configuración de la cuestión migratoria, a partir de los supuestos efectos y consecuencias negativas de la inmigración en los países de destino, no hace sino invisibilizar el aporte de los inmigrantes a esas economías y sociedades, aporte no sólo económico, sino también demográfico, social y cultural (Delgado y Márquez, 2007). En esta misma lógica, se argumenta que la inmigración no es sólo originada por el subdesarrollo en el sur, sino que en su desencadenamiento tiene un rol fundamental la transformación y modernización de la estructura económica y de los mercados de trabajo en las economías del norte, las que, para mantener y ganar competitividad mundial en un espacio económico globalizado, se sustentan en una demanda de fuerza de trabajo barata, flexible y desregulada, la cual es aportada en gran medida por la migración internacional (Pioré, 1979; Castles y Miller, 1993; Sassen, 1998).

Por otro lado, también se cuestionan los supuestos beneficios de la migración en los países de origen. En realidad, se señala que no hay evidencia empírica suficiente que sustente esas visiones optimistas y esperanzadoras de la migración y las remesas (Newland, 2007). Por el contrario, se señala que la evidencia empírica corrobora la tesis que la migración tiene muy limitados efectos tanto en la promoción del desarrollo como en la reducción de la pobreza. En concreto, en el caso mexicano, hemos señalado una serie de mitos respecto a los supuestos beneficios económicos que traerían las remesas (Canales, 2008).

- En primer lugar, los efectos macroeconómicos se diluyen en la medida que las remesas representan menos de 3% del PIB mexicano.
- Asimismo, con base en modelos econométricos estimamos que la contribución de las remesas al crecimiento económico en México no sólo es marginal, sino estadísticamente no significativa.
- En tercer lugar, los efectos en la distribución del ingreso y reducción de la pobreza son realmente mínimos, especialmente si se les compara con el impacto de otras variables macroeconómicas.
- Finalmente, a nivel de los hogares receptores, aún cuando las remesas representan casi la mitad de sus ingresos corrientes, no son suficientes para que la mayoría de estos hogares pueda superar la línea de pobreza definida por los organismos gubernamentales. Ello porque, en promedio, en estos hogares el valor de la remesa *per capita* es menos de la mitad del nivel de pobreza definido por las instituciones oficiales.

Otros autores señalan, a su vez, que aunque los migrantes pudieran ser agentes de cambio social, dado el contexto estructural de marginación y exclusión social, ello no es suficiente para generar un impulso al desarrollo económico en las sociedades de origen (Portes, 2007). En otras palabras, más allá de la capacidad intrínseca de los migrantes y de las potencialidades

de las remesas, ambos nunca podrán sustituir el rol del Estado y del mercado (del capital privado) en la promoción de la modernización productiva y de las transformaciones estructurales que, según diversos organismos internacionales, son condiciones necesarias para impulsar el desarrollo económico en nuestros países (Castles y Delgado, 2007).

Más recientemente, De Has (2005), a partir de una revisión sobre el debate de la relación remesas-desarrollo, concluye que la cuestión fundamental no es si la migración tiene efectos positivos o negativos sobre el desarrollo, sino cómo y por qué en algunos contextos y comunidades la migración tiene efectos de un tipo, mientras que en otros tiene efectos en sentido inverso. En este sentido, el debate debe orientarse a determinar y analizar cuáles son los factores sociales, económicos y demográficos que permiten explicar estas diferencias (Ghosh, 1992; Taylor, 1999).

Al respecto, Jones (1998) ilustra cómo las remesas tienen diferentes impactos en la reducción de la pobreza y desigualdad social, de acuerdo con la historia social de la comunidad y de la etapa migratoria en que ella se encuentre. Asimismo, en el caso de las remesas es necesario diseñar un enfoque que permita articular los efectos a nivel microsocial con los que se identifican a nivel macroeconómico, los cuales no necesariamente tienen que coincidir y corresponderse en todos y cada uno de los casos (De Has, 2007:6).

Considerando lo anterior, y como una forma de contribuir a este debate desde una perspectiva crítica, a continuación presentamos evidencia empírica referida a la migración de México a Estados Unidos, y que nos permite visibilizar el aporte de la migración en los países de destino. Al respecto, nuestra tesis es que la inmigración representa no sólo un invaluable aporte social, económico y demográfico, sino que por ese medio, contribuye además a la reproducción social del sistema de vida en esas sociedades.

Migración y desarrollo. Evidencias desde Estados Unidos

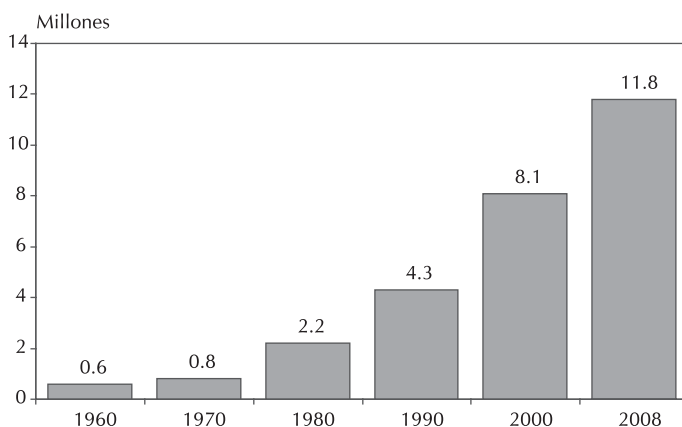
Contribución de la migración mexicana a la demografía de Estados Unidos

Un primer aspecto destacable es el gran crecimiento absoluto y relativo de la migración mexicana a Estados Unidos. En efecto, en 1970 había menos de 800 mil inmigrantes mexicanos en Estados Unidos, los que representaban menos de 0.4% del total de la población de ese país. A partir de entonces, la inmigración mexicana ha crecido en forma vertiginosa, y se estima que en 2008 ya había casi doce millones de inmigrantes mexicanos, a los que habría que agregar otros 19.3 millones de personas nacidas en Estados Unidos descendientes de mexicanos. De esta forma, actualmente la población de origen mexicano asciende a más de 31 millones de personas, las que representan poco más de 10% de la población de Estados Unidos.

Este incremento de la inmigración mexicana ha derivado en que México sea actualmente el principal origen de la migración a Estados Unidos. De hecho, en 2008 los mexicanos representaron más de 40% de la población inmigrante; en los últimos 15 años dos de cada cinco nuevos inmigrantes que llegaron a Estados Unidos provenían de México (véase gráfica 1).

Este crecimiento de la inmigración mexicana se refleja directamente en la composición de la población de Estados Unidos, tanto en términos de su estructura étnica como de su composición por edad y sexo. En efecto, si a los doce millones de mexicanos agregamos los 19 millones de descendientes de mexicanos nacidos en Estados Unidos, vemos que la población de origen mexicano representa algo más de 10% de la población de ese país. Esto es, actualmente una de cada diez personas residentes en Estados Unidos es de origen mexicano, lo cual permite tener una primera aproximación de la dimensión del fenómeno migratorio al que nos referimos, y por tanto a la contribución de la migración mexicana a la reproducción demográfica en Estados Unidos.

Gráfica1. Población nacida en México y residente en Estados Unidos,



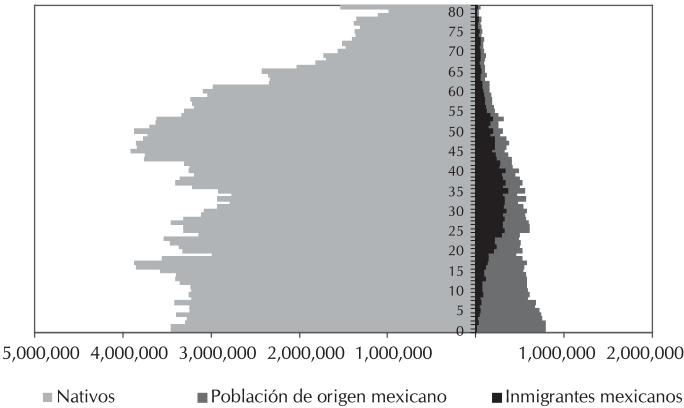
Fuente: Cálculos propios con base en Censos de población de Estados Unidos, 1960, 1970, 1980 y 1990, y *Current Population Survey (CPS)*, March Supplement, 2000 y 2008.

Asimismo, el aporte de la migración de origen mexicano se refleja también en la composición etaria de la población. Al respecto, al contrastar la pirámide de edades de la población nativa con la de la población de origen mexicano, vemos que ésta última contribuye de dos maneras diferentes a la dinámica demográfica en Estados Unidos.

Por un lado, contribuye directamente a complementar el vacío demográfico que se da en la población norteamericana en edades productivas y reproductivas, esto es, entre las edades de 20 a 45 años, aproximadamente. En estas edades, la población de origen mexicano representa entre 13 y 14% de la población residente. En este caso, además, resulta interesante que el principal aporte viene directamente de la inmigración mexicana, esto es, se trata de inmigrantes de primera generación, que contribuyen a la formación de población en edades activas y reproductivas, contribuyendo tanto a la reproducción económica directamente, como a la reproducción biológica de la población a nivel intergeneracional.

Por otro lado, un dato aún más significativo, es la contribución indirecta que se deriva de la inmigración mexicana, y que adquiere un papel cada vez más relevante en la reproducción intergeneracional y a mediano plazo de la población en Estados Unidos. Nos referimos a los hijos de los inmigrantes mexicanos que nacen en Estados Unidos, y por tanto, que son ciudadanos de ese país. En efecto, y más allá de lo retórico que pueda sonar, es un hecho que, demográficamente hablando, los niños de hoy son las generaciones del futuro. En este sentido, el cambio en la composición étnica que se avecina para las próximas décadas en Estados Unidos ya lo podemos prefigurar a partir de la composición étnica de su población infantil (véase gráfica 2).

Gráfica 2. Población nativa y de origen mexicano por edad desplegada en Estados Unidos, 2008



Fuente: Cálculos propios con base en *Current Population Survey (CPS)*, March Supplement, 2008

Al respecto, se observa que la población de origen mexicano representaba en 2008 más de 16% de la población menor de 15 años, y alcanza incluso 18% en el caso de la población menor de 5 años. En otras palabras, actualmente uno de cada seis me-

nores de 15 años es de origen mexicano, proporción que muy probablemente sea la que tienda a predominar en las próximas décadas en ese país. Cabe señalar, además, que en estos tramos de edades, se trata fundamentalmente de niños nacidos en Estados Unidos e hijos de inmigrantes mexicanos, esto es, de ciudadanos americanos de origen mexicano. De esta forma, podemos afirmar que la Norteamérica del futuro presenta una composición étnico-migratoria mucho más diversa y multicultural que la ya de por sí compleja composición actual.

Una tercera contribución de la inmigración mexicana a la demografía de Estados Unidos se refiere a su aporte al crecimiento absoluto y relativo de la población, especialmente al crecimiento de la población en determinados estratos etarios. Esto último resulta de gran importancia pues permite prefigurar los cambios que se avecinan en la composición étnica de la población de Estados Unidos.

Entre 2000 y 2008, la población de Estados Unidos se incrementó en 25 millones de personas. Por grupos étnicos, vemos que la población de origen mexicano es la que experimentó el mayor crecimiento absoluto. Por un lado, los inmigrantes mexicanos crecieron en casi 3.8 millones de personas, a la vez que los méxicoamericanos crecieron en 5.7 millones, volúmenes superiores a los de cualquier otro grupo étnico del país. De esta forma, en conjunto la población de origen mexicano contribuyó con casi 40% del crecimiento demográfico de los últimos ocho años de Estados Unidos.

Por su parte, los inmigrantes de otras regiones también tuvieron un importante aporte al crecimiento de la población. Por un lado, los inmigrantes de otros países de América Latina aportaron 1.4 millones de personas, a la vez que los inmigrantes de otras regiones del mundo aportaron otros 4.16 millones de personas. En conjunto, ellos contribuyeron con 22.3% del crecimiento demográfico de Estados Unidos.

Por el contrario, la población angloamericana, a pesar de constituir el principal grupo étnico del país, con una población de más de 190 millones de personas, apenas contribuyó al cre-

cimiento de la población con 3.6 millones de personas, las que representaron menos de 15% del crecimiento total.

En términos de tasas de crecimiento, las diferencias son aún más evidentes y abismales. Mientras los angloamericanos apenas crecieron a una tasa de 0.2% anual promedio, los inmigrantes mexicanos lo hicieron a una tasa de 4.8% y los méxicoamericanos a una de 4.4% anual promedio. Esto es, los migrantes mexicanos y los méxicoamericanos crecieron a un ritmo entre 22 y 24 veces más rápido que la población angloamericana.

Ahora bien, el dato más relevante es que prácticamente 60% del crecimiento demográfico está sustentado en la inmigración. Directamente, los migrantes aportaron 37% del crecimiento demográfico entre 2000 y 2008. Indirectamente, los descendientes de mexicanos aportaron otro 23% del crecimiento. De esta forma, de no mediar la migración, es claro que el crecimiento demográfico de Estados Unidos prácticamente se desplomaría.

Ahora bien, estas diferencias en el crecimiento demográfico según grupos étnicos es aún más nítida cuando desagregamos por grandes grupos de edad. En efecto, la dinámica del crecimiento es muy diferente entre la población infantil que entre la población adulta y la población mayor.

En el primer caso (población infantil menor de 15 años) se da la mayor polarización. Por un lado, la población angloamericana menor de 15 años se redujo en 3.16 millones de personas, lo que representa una reducción de 8.4% para todo ese período. Por otro lado, la población infantil méxicoamericana, en cambio, se incrementó en 2.75 millones de personas lo que representa un incremento de 43% acumulado. Los otros grupos étnicos muestran un crecimiento muy inferior, o simplemente no crecen, como es el caso de los inmigrantes de cualquier origen étnico, lo cual se explica por el hecho de la escasa migración de población infantil.

En el caso de la población en edades activas y reproductivas (15 a 49 años), la situación es algo similar. Mientras, en general, todos los grupos étnicos muestran algún tipo de crecimiento, la población angloamericana muestra, en cambio, un descenso

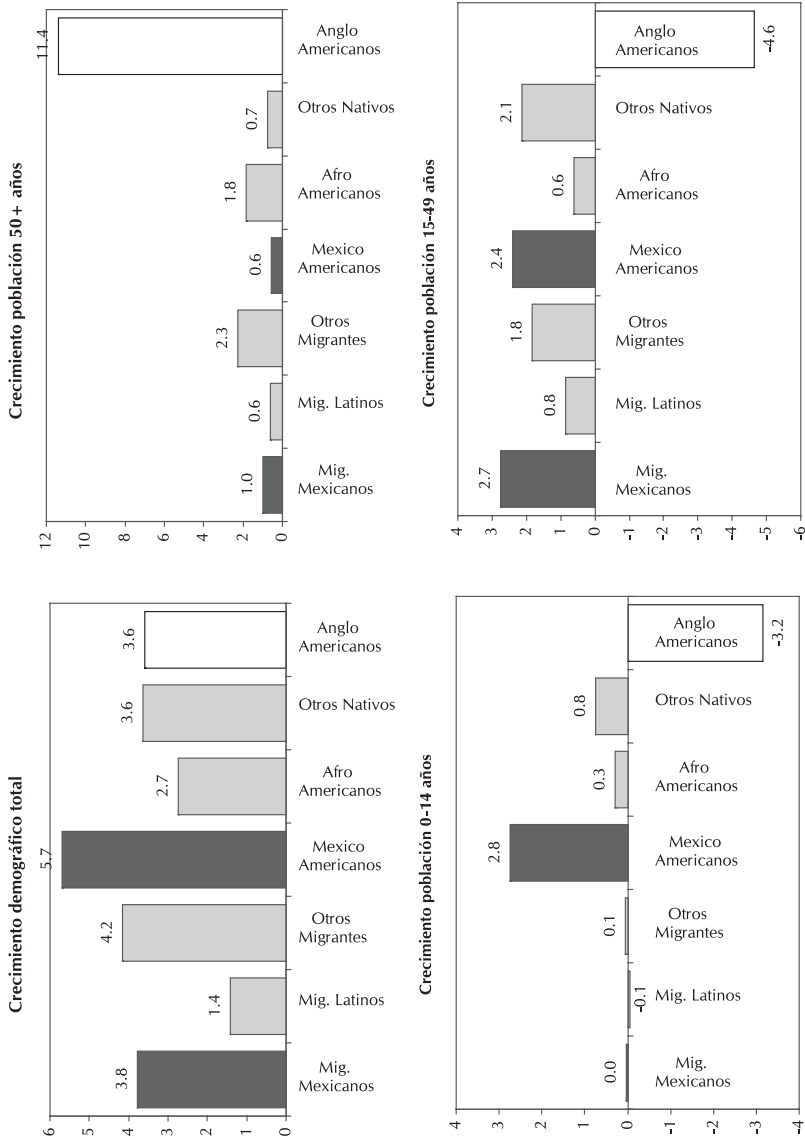
de gran magnitud. Entre 2000 y 2008 la población angloamericana de 15 a 49 años se redujo en 4.64 millones de personas, lo que representa una caída de 5% acumulado. Asimismo, los inmigrantes mexicanos y la población méxicoamericana de esas edades, crecieron en 2.75 y 2.4 millones, cifras que representan un crecimiento de 45 y 41% respectivamente.

Finalmente, en el caso de la población mayor de 50 años, la situación se invierte. En este caso, la población angloamericana muestra un crecimiento de 11.4 millones de personas, cifra que representa un crecimiento de 20% acumulado. Por el contrario, en los demás grupos étnicos el crecimiento en este tramo de edades es mucho más moderado. Destaca el caso de la población méxicoamericana que apenas se incrementó en 550 mil personas (véase gráfica 3).

De esta forma, podemos establecer una tendencia estructural en cuanto a la dinámica del crecimiento demográfico en Estados Unidos. En el caso de la población angloamericana, su crecimiento moderado (0.2% anual entre 2000 y 2008) involucra, sin embargo, dos dinámicas muy diferentes. Por un lado, un gran crecimiento de la población de 50 años o más y, por otro lado, un descenso absoluto de la población infantil y adulta en edades activas y reproductivas. En otras palabras, el crecimiento moderado está asociado a un proceso de envejecimiento de este grupo étnico. Al respecto, un dato sin duda relevante es la reducción absoluta de la población en edades activas y reproductivas (15 a 49 años), pues de continuar este descenso (y la reducción de la población infantil así lo prefigura) implicará una crisis de reproducción demográfica de este grupo étnico. Al reducirse la población en edades reproductivas, se reduce directamente la capacidad de reproducción demográfica y biológica de la población. Menos personas en edades reproductivas implicarían una menor natalidad en un futuro cercano; si a esto agregamos la reducción de la fecundidad, es evidente la crisis de reproducción demográfica que afecta a este grupo étnico.

Por el contrario, la población de origen mexicano muestra la tendencia opuesta. Por un lado, el incremento de la pobla-

Gráfica 3. Crecimiento demográfico por grupos étnicos y grandes grupos de edad en Estados Unidos, 2000-2008 (Millones de personas, acumulado)



Fuente: Estimaciones propias con base en Current Population Survey (CPS), March Supplement, 2000 y 2008.

ción en edades reproductivas permite vaticinar que continuará el incremento demográfico de esta población en las próximas décadas. Asimismo, el incremento de la población infantil, permite también vaticinar un mayor incremento de la población en edades reproductivas en las próximas décadas. Ambas tendencias se conjuntan para potenciar el crecimiento demográfico de este grupo étnico.

En este sentido, la inmigración mexicana de las últimas décadas no sólo ha contribuido directamente a la producción y reproducción económica de Estados Unidos a través del aporte de importantes contingentes de fuerza de trabajo, sino que además ha contribuido directa e indirectamente a su reproducción demográfica. Directamente, contribuyen a mantener un ritmo de crecimiento demográfico importante. Indirectamente, contribuyen a través de su propia descendencia, la que, como hemos visto, compensa con creces la reducción de la natalidad que afecta a los demás grupos étnicos en ese país. El efecto conjunto de estas contribuciones demográficas directas e indirectas de la inmigración mexicana va a transformar la composición étnico-migratoria de la población de Estados Unidos.

Si hacia 1970 la población de origen mexicano representaba menos de 1% de la población de Estados Unidos, hoy ya representa 10%. Asimismo, y considerando la importancia relativa y absoluta de los mexicanoamericanos en la población infantil, podemos prever que esta participación podría incluso duplicarse en las próximas décadas. De hecho, entre los menores de 15 años, los mexicanoamericanos representan actualmente cerca de 16% de la población.

El caso actual de las ciudades de Los Ángeles y de Miami, es una clara muestra de esta afirmación. En ambas ciudades la tradicional primacía demográfica de los angloamericanos prácticamente se ha diluido ante el influjo de la inmigración mexicana y latinoamericana. De esta forma, hoy en día los angloamericanos son una minoría étnica en ambas ciudades. En el caso del área metropolitana de Los Ángeles y Riverside, por ejemplo, los angloamericanos apenas representan 31%, mientras que

la población de origen latino (fundamentalmente mexicanos y méxicoamericanos), representan ya 47%. Asimismo, en el caso de Miami, se da una situación similar. Los angloamericanos representan 40% mientras que la población de origen latino (cubanos y sudamericanos, principalmente) ya alcanzan 44% de la población.

Esta dinámica demográfica y las transformaciones en la composición étnica que prefigura, son resultado de la combinación de dos fenómenos demográficos diferentes. Por un lado, el proceso de envejecimiento que ya está presente en Estados Unidos, pero que afecta de manera diferenciada a los distintos grupos étnicos. Por otro lado, por la gran inmigración, especialmente de población mexicana y latinoamericana que, como veremos, tienen importantes implicaciones en el proceso de reproducción demográfica en ese país. En este sentido, la reproducción de la población en ese país, pasa actualmente (y seguirá pasando en las siguientes décadas), por una recomposición étnico-demográfica.

En efecto, hoy en día Estados Unidos (como gran parte de los países desarrollados) se enfrenta a una situación demográfica que plantea no pocos dilemas y desafíos sociales, políticos y culturales. Por un lado, de no mantenerse abierta la entrada a la inmigración, se compromete seriamente la sustentabilidad demográfica de su régimen de reproducción social (el crecimiento demográfico prácticamente se desplomaría). Sin embargo, la inmigración está generando ya transformaciones sustanciales en la composición étnica y cultural de Estados Unidos, que plantean serios problemas sociales, políticos y culturales. Por lo mismo, de mantenerse esta inmigración en el futuro, implicará una transformación sin igual en la estructura social, cultural y política de ese país. En síntesis, el dilema es: o se abre a la inmigración y a la transformación étnico-cultural de su población, o se arriesga a entrar en un proceso de insustentabilidad demográfica.

Esto último no sólo plantea un problema demográfico, sino que tiene importantes implicaciones económicas. Piénsese, por ejemplo, en los impactos que tendría sobre el desarrollo de sus fuerzas productivas y económicas una reducción de la población

activa. En otras palabras, de no mantenerse esta inmigración y transformación étnica de la población, la misma economía, junto con la demografía de Estados Unidos, se verían seriamente comprometidas. De hecho, actualmente ya vemos que de no mediar la migración (y sus efectos indirectos), la población de 15 a 49 años se habría reducido en casi dos millones de personas entre 2000 y 2008.

Contribución laboral de la migración mexicana

En 2008, los migrantes mexicanos que formaban parte de la población económicamente activa en Estados Unidos ascendieron a 7.64 millones de personas, cifra que representa casi 15% de la población económicamente activa de México. En otras palabras, para el año 2008, México habría transferido a través de la emigración, prácticamente 15% de su fuerza de trabajo. O lo que es lo mismo, en esa fecha, uno de cada siete mexicanos económicamente activos residía en Estados Unidos. Esta cifra da una adecuada idea del aporte que hace México a la economía de Estados Unidos a través de la transferencia directa de fuerza de trabajo.

Desde la perspectiva de Estados Unidos, aunque esta cifra representa una menor proporción, no por ello deja de ser significativa. En efecto, la migración laboral mexicana aportó en 2008 5% de la fuerza de trabajo en ese país. A esta cifra hay que agregar la contribución de la población méxicoamericana a la fuerza de trabajo, la cual ascendía en ese año, a casi 6.5 millones de personas. De esta forma, considerando tanto el aporte directo (migrantes) como indirecto (hijos y descendientes de los migrantes), la población de origen mexicano contribuye con 9.2% de la fuerza de trabajo en Estados Unidos.

Estos son datos agregados del aporte de México al *stock* de la fuerza de trabajo. Un dato más preciso y significativo, se refiere a la contribución que la migración mexicana ha hecho tanto directa como indirectamente al crecimiento reciente de la po-

blación económicamente activa y, por ese medio, al crecimiento reciente de la economía norteamericana y de sus capacidades y fuerzas productivas.

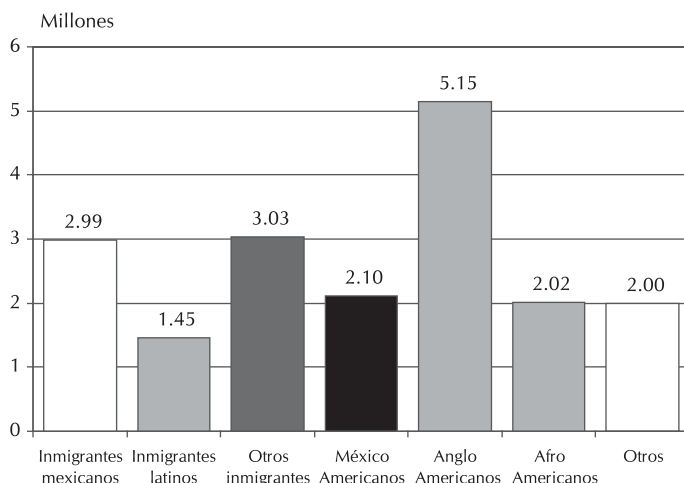
De 2000 a 2008, la población económicamente activa de Estados Unidos se incrementó en 18.7 millones de personas. Por grupos étnicos, vemos que la fuerza de trabajo angloamericana y la de origen mexicano fueron las que experimentaron el mayor crecimiento absoluto. Por un lado, la PEA angloamericana se incrementó en 5.15 millones de personas, aportando 27.5% del crecimiento total, a la vez que la PEA de origen mexicano creció en un porcentaje similar aportando otros 5.10 millones de personas, de los cuales prácticamente tres millones corresponden a nuevos inmigrantes mexicanos, mientras otros 2.1 millones corresponden a méxicoamericanos.

Ahora bien, a este aporte de los trabajadores de origen méxicoamericano hay que agregar otro 24% que corresponde a la contribución al crecimiento de la PEA que hacen los inmigrantes provenientes de otras regiones del mundo. Estos datos indican, en definitiva, que de no mediar el gran flujo migratorio de las últimas décadas, la PEA de Estados Unidos habría crecido prácticamente la mitad de lo que lo hizo en estos ocho años. Ello no hace sino reflejar la importancia de la inmigración para resolver los diversos problemas que pudieran generarse producto de un lento crecimiento de la fuerza de trabajo en Estados Unidos (véase gráfica 4).⁴

Este crecimiento absoluto oculta, sin embargo, importantes patrones de diferenciación en cuanto a su composición etaria y ritmo de crecimiento. En efecto, en cuanto al ritmo de crecimen-

⁴ Es evidente que en un mundo globalizado la escasez de mano de obra se manifiesta en presiones al alza de los salarios, lo cual afecta directamente la competitividad no sólo de algunos sectores y ocupaciones, sino de la economía en su conjunto, especialmente cuando se compite con otras economías que cuentan con amplios contingentes de fuerza de trabajo barata.

Gráfica 4. Estados Unidos. Crecimiento de la población económicamente activa según grandes grupos étnico-migratorios, 2000-2008



Fuente: Estimaciones propias con base en *Current Population Survey (CPS)*, March Supplement, 2000 y 2008.

to, aún cuando se trate de volúmenes absolutos muy similares, la fuerza de trabajo angloamericana y de origen mexicano muestra importantes diferencias. Mientras la población angloamericana económicamente activa creció muy lentamente, a una tasa de 0.7% anual promedio, la de origen mexicano creció a un ritmo ocho veces mayor, alcanzando una tasa de crecimiento de 5.6% anual, para el mismo periodo. Dentro de la PEA de origen mexicano, son los inmigrantes quienes muestran el mayor ritmo de crecimiento, con una tasa de 6.2% anual, superior a 4.9% de los méxicoamericanos.

Por su parte, cuando desagregamos este análisis del crecimiento de la PEA según grandes grupos de edad, vemos que el aporte de la inmigración mexicana no es sólo cuantitativamente importante, sino que además conforma un sistema de complementariedad que sustenta la reproducción demográfica de la PEA.

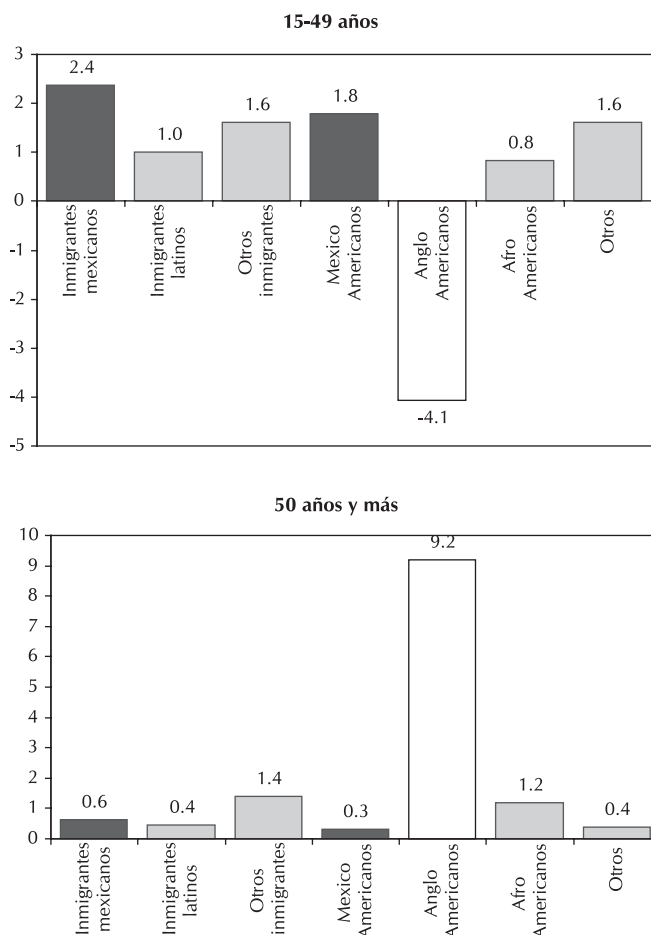
En efecto, entre 2000 y 2008, la fuerza de trabajo angloamericana menor de 50 años, esto es, de trabajadores jóvenes y adultos jóvenes, se redujo en 4.07 millones de personas, lo que significa que para 2008 se habría dado una caída del orden de 6% respecto al nivel que prevalecía en el año 2000.

En el caso de la fuerza de trabajo de origen mexicano de esas mismas edades, en cambio, se da un crecimiento explosivo. Por un lado, la fuerza de trabajo inmigrante mexicana se incrementó en 2.36 millones de personas, lo que representa un crecimiento acumulado de casi 60%. Por su parte, la fuerza de trabajo méxicoamericana en estas edades se incrementó en 1.79 millones de personas, lo que representa un crecimiento acumulado del orden de 50%, para igual periodo. En otras palabras, el crecimiento de la fuerza de trabajo de origen mexicano en estas edades, prácticamente compensa la reducción que tuviera la fuerza de trabajo angloamericana.

Por el contrario, la dinámica de la fuerza de trabajo de 50 años o más es completamente diferente. En efecto, de 2000 a 2008 este componente etario de la PEA creció en 13.58 millones de personas. De ellos, 9.21 millones corresponden a trabajadores angloamericanos, mientras que sólo 960 mil corresponden a trabajadores de origen mexicano (tanto inmigrantes como nativos méxicoamericanos). En otras palabras, mientras los angloamericanos explican más de dos tercios del crecimiento de la PEA de más de 50 años, los trabajadores de origen mexicano contribuyen con menos de 7% de este crecimiento (véase gráfica 5).

Ahora bien, estas cifras indican que la composición étnico-migratoria del crecimiento de la PEA parece seguir el mismo patrón que el ya señalado para la población total, especialmente en términos de su estructura etaria. Por un lado, es evidente el proceso de envejecimiento de la PEA angloamericana. Lo que resulta impresionante es la magnitud de este proceso en tan sólo ocho años. En efecto, en 2000, sólo 25% de los trabajadores angloamericanos tenía más de 50 años. Tan sólo ocho años después esta proporción se habría elevado a 33%, esto es, uno de cada tres trabajadores es mayor de 50 años. Por su parte en relación

Gráfica 5. Estados Unidos, 2000-2008. Crecimiento de la población económicamente activa según grandes grupos de edad y grupos étnico-migratorios (millones de personas)



Fuente: Estimaciones propias con base en *Current Population Survey (CPS)*, March Supplement, 2000 y 2008.

con la fuerza de trabajo menor de 50 años, los cambios son igualmente impresionantes. En 2000, los trabajadores angloamericanos aportaban 70% de la PEA en estas edades. Tan sólo ocho años después, en 2008, habrían reducido su contribución en 7.2

puntos porcentuales, aportando menos de 63% de la fuerza de trabajo en esas edades. Prácticamente se trata de una reducción de un punto porcentual cada año.

Esta diferente dinámica resulta particularmente interesante, pues demuestra que no es tan real la tesis de que la inmigración tienda a desplazar fuerza de trabajo nativa, esto es, ocupando puestos que los nativos no desean realizar debido a las condiciones de precariedad laboral, bajos salarios, inestabilidad, entre otras razones. En realidad, parece ser que la inmigración viene a llenar el vacío que dejaría en determinadas edades la reducción absoluta de mano de obra nativa. No hay un desplazamiento propiamente tal, sino un remplazo étnico de mano de obra. Sustitución que no se debe tanto a factores estrictamente socioeconómicos (condiciones laborales, salarios, flexibilidad, etcétera), sino también, y fundamentalmente, a factores demográficos.

En efecto, los datos que hemos expuesto indican que la dinámica demográfica de la población nativa anglosajona ya no asegura la generación y reproducción de la población que pueda llenar esos puestos de trabajo, dejando vacíos demográficos que son ocupados por la fuerza de trabajo inmigrante y su descendencia. En otras palabras, no es que la fuerza de trabajo nativa anglosajona no quiera ocupar esos puestos de trabajo por sus malas condiciones laborales, sino más bien que ya no habría fuerza de trabajo nativa anglosajona suficiente como para llenar y cubrir toda la oferta de puestos de trabajo. Esta situación deriva en la formación de importantes huecos y vacíos en determinados grupos etarios de la fuerza de trabajo los cuales son llenados y cubiertos por oferta laboral inmigrante.

La tesis que se desprende de estos datos permite replantear y dar un nuevo significado al aporte de la inmigración en la dinámica del mercado laboral en los países de destino. Digámoslo de esta manera. Las economías desarrolladas necesitan importar mano de obra para cubrir los déficits que deja el envejecimiento de su población y de su fuerza de trabajo. Se trata de una necesidad o déficit estructural, que no se deriva de la dinámica económica propiamente tal, sino de la dinámica demográfica de esas economías

desarrolladas. Ahora bien, lo interesante es que esta relación de complementariedad estructural entre inmigración y mercado laboral no explica necesariamente las condiciones de inserción laboral de los inmigrantes (Giorguli y Gaspar, 2008; Canales, 2007).

En efecto, podemos explicar la inmigración laboral por esta necesidad de las economías desarrolladas para proveerse de fuerza de trabajo. Sin embargo, ello no explica por qué los migrantes tienden a ocupar determinados puestos de trabajo (por lo general, los más flexibles y precarios). Esta asignación de puestos de trabajo según la condición étnico-migratoria no se deriva de ese déficit demográfico, sino que se construye a partir de otras dimensiones sociales, culturales y políticas, desde las cuales se construyen las diferencias, desigualdades y asimetrías de poder entre estos grupos étnico-migratorios. De esta forma, sobre esta estructura de complementariedad demográfica se superpone otra estructura de relaciones de diferenciación y desigualdad social y étnica que relega a los inmigrantes a puestos de trabajo precarios y flexibles. El déficit demográfico genera una necesidad económica de mano de obra. El que esa mano de obra sea, además, barata es resultado no de esta situación demográfica y económica, sino que se deriva de construcciones sociales y culturales que explican estas asimetrías de poder.

En síntesis, nuestra tesis es que los patrones de inserción laboral de la fuerza de trabajo migrante no se explican por factores económicos ni demográficos, sino por factores políticos y sociales. La vulnerabilidad del trabajador migrante se construye en otros ámbitos y espacios sociales y políticos, se trata de estructuras de desigualdad que se trasladan a la economía y el mercado de trabajo.

Estimación del aporte de los migrantes mexicanos al PIB de Estados Unidos

Aunque suele reconocerse que los inmigrantes son un componente significativo de la fuerza de trabajo ocupada, especialmen-

te en algunos sectores y ocupaciones específicas, hasta ahora son escasos los estudios que muestren el aporte que como fuerza laboral, realizan los inmigrantes a la generación del Producto Interno Bruto (PIB) de los países de destino y, por ese medio, a la dinámica económica de los países receptores. En este sentido, nuestro interés es ofrecer una estimación que permita apreciar el aporte de los inmigrantes mexicanos a la dinámica económica de los Estados Unidos.⁵ Para ello, partimos de un principio lógico simple pero muy claro y preciso.

Análíticamente, el PIB de Estados Unidos puede desagregarse en dos grandes componentes: la parte del PIB que es generada por la fuerza de trabajo migrante y la que es generada por la fuerza de trabajo nativa. Asimismo, sabemos que el PIB es el producto entre la fuerza de trabajo y su productividad media. El problema, entonces, es estimar cuál es la productividad media (PME) de los trabajadores inmigrantes y su diferencia con la de los nativos.

Si supusiésemos que las PME fuesen las mismas, entonces el problema estaría completamente resuelto. El aporte de los trabajadores inmigrantes sería directamente proporcional a su peso relativo en la composición de la fuerza de trabajo. De esta forma, si los inmigrantes mexicanos representan 5% de la fuerza de trabajo (valor aproximado en 2007), entonces su contribución sería de 5% del PIB de Estados Unidos.

El problema es que este supuesto de igualdad de las productividades medias es evidentemente irreal. Por un lado, los trabajadores inmigrantes mexicanos se concentran en industrias con menores niveles de productividad (servicios personales, construcción, etcétera), a la vez que se insertan en ocupaciones de baja calificación y baja productividad (Giorguli y Gaspar, 2008).

⁵ A diferencia de las secciones anteriores, aquí sólo consideraremos el aporte de los inmigrantes mexicanos, dejando para otra oportunidad el aporte de la población méxicoamericana, esto es, personas nacidas en Estados Unidos que son descendientes de inmigrantes mexicanos. Asimismo, consideramos sólo el aporte directo, esto es, el que como trabajadores generan directamente en el proceso productivo, dejando también para otra oportunidad el aporte indirecto que pudieran generar.

Por lo tanto, lo más plausible es suponer que la productividad media de los mexicanos sea inferior al promedio nacional.

Si consideramos que la productividad del trabajo está en gran medida determinada por las características del sector o rama industrial en la cual se emplea, entonces podemos suponer que si tomamos un nivel adecuado de desagregación de las ramas industriales, dentro de una misma rama de actividad, la productividad media probablemente sea muy similar para cada trabajador ocupado en esa rama específica. En este sentido, si se dispone de información lo suficientemente detallada del PIB sectorial y de la fuerza de trabajo ocupada según origen migratorio, entonces es posible aplicar este supuesto, y obtener una estimación del aporte de los inmigrantes mexicanos al PIB nacional.⁶

Esto es lo que hemos hecho para el periodo 2003-2007 usando, por un lado, la clasificación de los sectores y actividades económicas que ofrece el *Buró de Análisis Económico* (BEA, por sus siglas en inglés) para el PIB y, por otro lado, el nivel de desagregación que a este respecto ofrece la *Current Population Survey* (CPS) de la fuerza de trabajo mexicana. En concreto, tomamos una desagregación de 34 sectores de actividad económica. En el

⁶ El modelo se basa en las siguientes ecuaciones:

$$(1) \text{PIB}^M = \text{SUMA}(\text{PIB}_i^M)$$

Donde: PIB^M es el PIB total generado por los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, y PIB_i^M es el PIB generado por los trabajadores mexicanos en el sector "i"

$$(2) \text{PIB}_i^M = \text{PME}_i * L_i^M$$

$$(3) \text{PME}_i = \text{PIB}_i / L_i$$

Donde: PME_i es la productividad media en el sector "i"; L_i^M es la fuerza de trabajo migrante (mexicanos) ocupados en el sector "i"; PIB_i es el PIB del sector "i", y L_i es la fuerza de trabajo total ocupada en el sector "i". Con estas ecuaciones, el PIB generado por la fuerza de trabajo mexicana migrante en Estados Unidos se calcularía de la siguiente forma:

$$(4) \text{PIB}^M = \text{PME}_1 * L_1^M + \text{PME}_2 * L_2^M + \dots + \text{PME}_{34} * L_{34}^M$$

Cabe señalar que la estimación es válida para el PIB total generado por los trabajadores mexicanos, pero no lo sería para cada sector por separado, pues en ese caso el tamaño de la muestra y los supuestos subyacentes no lo permiten.

cuadro 1 presentamos una estimación del aporte de los migrantes mexicanos al PIB de Estados Unidos para ese periodo, así como las cifras sobre el PIB de Estados Unidos y de México.

De acuerdo con este modelo general, en el periodo 2003-2007 los migrantes nacidos en México habrían generado 494 mil millones de dólares cada año, en promedio. Para apreciar el significado económico de esta cifra, podemos señalar que equivale a 3.76% del PIB de Estados Unidos en ese mismo periodo. Con base en esta estimación del PIB generado por los migrantes mexicanos podemos estimar, a su vez, su productividad media (PME), la cual asciende a 70.6 mil dólares al año, cifra que es 25% inferior a la PME de los trabajadores no mexicanos en Estados Unidos. Este menor valor de la PME se debe a que los mexicanos están insertos en actividades y ramas industriales de menor productividad.⁷ Esta diferencia en las productividades medias explica por qué, a pesar de que los mexicanos representan 4.67% de la fuerza de trabajo de Estados Unidos, aportan, sin embargo, sólo 3.67% del PIB.

Aunque en relación con el PIB de Estados Unidos, el PIB generado por los migrantes mexicanos puede representar una baja proporción, resulta interesante comprobar que representa, en cambio, más de 50% del PIB generado en México. Esto nos permite tener una idea aproximada de la importancia de los migrantes mexicanos en cuanto a su papel en la dinámica de la economía de Estados Unidos.

La estimación anterior nos habla del aporte de la migración mexicana a la dinámica económica en Estados Unidos. Una forma de evaluar este aporte es comparar estas cifras con los ingresos que reciben los mexicanos en ese país. Esta relación (aporte/percepción) nos permite establecer un indicador del nivel

⁷ Nótese que si asumiéramos el supuesto de que las PME fuesen iguales, sin diferenciar por sector o rama de actividad, el aporte de los inmigrantes mexicanos sería de 614.4 mil millones de dólares, equivalente a 4.68% del PIB de USA para el periodo 2003-2007.

Cuadro.1 Estados Unidos, 2003-2007. Indicadores del PIB, fuerza de trabajo y productividades medias

Indicadores	Año				Promedio 2003-2007
	2003	2004	2005	2006	2007
PIB (Miles de millones de dólares a precios de 2007)					
PIB Estados Unidos	12,342	12,791	13,167	13,533	13,808
PIB Mexicanos en USA	457	477	499	497	540
PIB México	892	887	948	993	1,022
Fuerza de Trabajo en USA (miles de personas)					
Total Fuerza de Trabajo	147,107	147,541	149,013	151,137	153,751
Otros Ocupados en Estados Unidos	140,675	140,826	142,031	143,963	146,051
Migrantes mexicanos ocupados	6,432	6,715	6,982	7,174	7,700
Productividades Medias USA (dólares al año)					
Productividad Media Total FT	83,900	86,696	88,363	89,542	89,804
Productividad Media No Mexicanos	84,487	87,444	89,195	90,550	90,845
Productividad Media Mexicanos	71,072	71,017	71,431	69,313	70,071
Diferencia de Productividades Medias (No mexicanos/mexicanos)	1.19	1.23	1.25	1.31	1.30
Importancia del PIB de mexicanos en USA					
Aporte Mexicanos al PIB USA	3.70%	3.73%	3.79%	3.67%	3.91%
Aporte Mexicanos a la FT en USA	4.37%	4.55%	4.69%	4.75%	5.01%
PIB Migrantes como % del PIB México	51.3%	53.8%	52.6%	50.1%	52.8%

Fuente: Cálculos propios con base en datos recopilados de BEA, CPS, e INEGI.

de discriminación en la distribución del ingreso que afecta a los mexicanos, así como una medida de la transferencia de valor que hacen los trabajadores mexicanos a la economía norteamericana. Se trata de conceptos y categorías diferentes, aunque relacionadas, y en cuya estimación nos centraremos en los datos para el año 2007, tomando la información de cuentas nacionales que reporta el BEA sobre ingreso de las personas, y de la misma información que ofrece la CPS.

En primer lugar, en relación con la distribución del ingreso, con base en los datos de la CPS del 2007, estimamos que para ese año los migrantes mexicanos percibieron 2.56% del ingreso personal, que en términos del valor expandido a cuentas nacionales, representa un volumen de casi 300 mil millones de dólares. Esto se traduce en un ingreso *per capita* de los mexicanos de 25.3 mil dólares al año.

Sin embargo, de acuerdo con nuestra estimación del PIB generado por los migrantes laborales mexicanos, estos habrían aportado 3.9% del PIB de Estados Unidos en ese mismo año. Esta diferencia entre lo aportado al PIB y lo que se recibe del ingreso personal es indicativa de la situación de vulnerabilidad y discriminación que afecta a los mexicanos en Estados Unidos en términos de la distribución del ingreso. No se trata sólo de indicar una situación de pobreza, derivada del bajo ingreso que perciben, sino una situación de discriminación en términos de que los ingresos percibidos no están en función directa del aporte productivo que ellos hacen a la economía norteamericana, y ello independientemente de consideraciones de tipo social o político, esto es, independientemente de que se trate de migrantes indocumentados y de baja calificación.

Para tener una medida de esta discriminación, podemos estimar cuál sería el nivel de ingreso personal e ingreso *per capita* que debieran percibir los mexicanos en Estados Unidos, si se siguiera el principio de equidad en términos de percibir un ingreso personal de acuerdo al nivel de aporte que esta población hace al PIB. En este caso, a los mexicanos les correspondería recibir 3.9% del ingreso personal nacional (proporción igual al

aporte que ellos hacen al PIB). Esto representa un volumen de 455.9 mil millones de dólares, cifra que es 52% superior a la que efectivamente reciben. En otras palabras, por condiciones extraeconómicas (políticas, culturales y sociales) los mexicanos dejan de percibir 157 mil millones de dólares anuales, aproximadamente, volumen de ingresos que les correspondería en un contexto en que la distribución del ingreso siguiera un principio de equidad y concordancia con el aporte que cada grupo social hace al PIB y la dinámica económica.

Cuadro 2. Estados Unidos, 2007. Distribución del ingreso e ingreso *per capita*, según origen étnico

Ingreso	Valor (Miles de millones de dólares)	Ingreso <i>per capita</i> (dólares al año)
Ingreso Personal Nacional	11,665.6	39,301.4
Ingreso Mexicanos Observado	0.0	0.0
Ingreso Otros Observado	0.0	0.0
Ingreso Personal estimado	11,665.6	39,301.4
Ingreso Mexicanos Estimado	455.9	38,594.0
Ingreso Otros Estimado	11,209.7	39,330.7
Diferencias		
Ingreso de Mexicanos	-455.9	-38,594.0
Ingresos de Otros grupos	-11,209.7	-39,330.7

Fuente: Estimaciones propias con base en datos de Buró de Análisis Económico (BEA) y *Current Population Survey (CPS)*, 2007.

En términos *per capita*, de darse una distribución del ingreso con base en este principio de concordancia con el aporte económico, los mexicanos pasarían de tener un ingreso de 25.3 mil dólares al año, a percibir 38.6 mil dólares al año, aproximadamente (véase cuadro 2). Se trata de una diferencia de no poca importancia, que situaría a los mexicanos prácticamente al mismo nivel que el promedio nacional en Estados Unidos. Cabe señalar, que esta

situación hipotética no se basa en un principio de equidad social, sino estrictamente en un principio de equidad económica, en términos de que la percepción de ingresos concuerde con el aporte económico que hace cada grupo social, aún cuando se mantengan constantes las diferencias estructurales en los niveles de productividad, de calificación de la fuerza de trabajo, posición social y escolaridad, entre otros aspectos de diferenciación social.

En otras palabras, esta discriminación que afecta a los mexicanos, es independiente de la que pueda originarse por su menor calificación laboral, menor productividad económica, u alguna otra que afecte su contribución al PIB. Antes bien, esta situación es resultado directamente de factores sociales y políticos que determinan las formas y montos de la distribución del ingreso en Estados Unidos. Es un problema que se ubica en la esfera de la distribución del ingreso, no en la esfera de la producción y generación del PIB. Por lo mismo, está sustentado en factores sociales y políticos de discriminación en contra de la migración mexicana.

Esta discriminación en la esfera de la distribución del ingreso se sustenta, entre otros factores, en una discriminación salarial que afecta directamente a los trabajadores mexicanos. En efecto, los migrantes laborales mexicanos en Estados Unidos perciben un nivel de remuneraciones laborales inferior a lo que les debiera corresponder con base en los principios económicos que regulan los salarios en el mercado laboral.

En efecto, de acuerdo con la teoría económica, el salario que cada grupo social percibe está en función del valor de su productividad. En este sentido, lo esperable es que las diferencias de las remuneraciones entre un grupo social y otro estuvieran en función de las diferencias en sus respectivas productividades medias. De acuerdo con este principio, en promedio, los mexicanos debieran percibir un volumen de remuneraciones salariales en concordancia con el valor de su productividad media. Sin embargo, los datos disponibles para el año 2007 nos indican que mientras la productividad de los mexicanos es sólo 22% inferior a la de los demás trabajadores, la remuneración promedio que

ellos perciben es casi 44% inferior a la que reciben los demás trabajadores en Estados Unidos.

En términos monetarios, esta discriminación se traduce en una transferencia neta de valor (PIB) generado por los mexicanos y que es apropiado por otros grupos sociales en Estados Unidos. En concreto, en 2007, por ejemplo, los mexicanos percibieron una remuneración media de 31.5 mil dólares, mientras los otros trabajadores recibían una remuneración media de 55.3 mil dólares. No obstante, con base en el principio de la productividad media, la remuneración que debieron haber percibido los trabajadores mexicanos ascendía a 42.2 mil dólares.

Esto representa una diferencia de 10.7 mil dólares por trabajador, que corresponde a una transferencia neta de valor que hacen los trabajadores mexicanos a la economía norteamericana. A nivel agregado, esta transferencia neta representa un monto de 77.7 mil millones de dólares, cifra nada despreciable si se considera el monto global de las remuneraciones que perciben los mexicanos en ese país. En efecto, este monto representa prácticamente un tercio del total de las remuneraciones laborales de los trabajadores mexicanos (véase cuadro 3).

Ahora bien, así como en el caso de la distribución del ingreso podíamos afirmar que se trataba de una situación de discriminación basada en factores extra-económicos, en este caso, el problema es aún mayor. Hay una evidente discriminación salarial en contra de los trabajadores mexicanos que va más allá de su situación laboral, nivel de calificación o condición indocumentada. Independientemente de todo ello, lo cierto es que los migrantes mexicanos perciben remuneraciones laborales inferiores a lo que debieran recibir según su nivel de productividad.

En otras palabras, si por su nivel de calificación y por no contar con papeles, entre otros factores, los migrantes mexicanos se ven relegados a puestos de trabajo de menor productividad, resulta, además, que se ven enfrentados a un segundo nivel de discriminación salarial. No sólo están en los peores puestos de trabajo, sino que además, en esos puestos no perciben la remuneración que les debiera corresponder de acuerdo con su productividad.

Cuadro 3. Estados Unidos, 2007. Remuneraciones observadas y estimadas según origen étnico y estimación de la transferencia neta de valor

Remuneraciones	Promedio por Trabajador (dólares)	Valor Total (miles de millones de dólares)
Remuneraciones Totales Observadas		
Percibidas por Trabajadores mexicanos	54,068.0	7,858.6
Percibidas por otros trabajadores	31,458.8	227.8
	55,253.5	7,630.8
Remuneraciones Estimadas de acuerdo a la Productividad media		
Percibidas por Trabajadores mexicanos	54,068.0	7,858.6
Percibidas por otros trabajadores	42,187.2	305.5
	54,694.4	7,553.6
Transferencia neta de valor		
% de la remuneración	10,728.4	77.7
	34.1 %	34.1 %

Fuente: Estimaciones propias con base en datos de Buró de Análisis Económico (BEA) y Current Population Survey (CPS), 2007.

Este es un hallazgo, sin duda, relevante y de primer orden. Estamos acostumbrados a escuchar argumentaciones que señalan que los bajos salarios de los trabajadores migrantes en Estados Unidos se deben a su baja calificación (escolaridad, capacitación laboral, capital humano, etcétera) aunado a su situación indocumentada. Los datos y estimaciones que hemos presentado en esta sección, indican que, además de ello, existe un segundo nivel de discriminación. Aún cuando su productividad media sea muy baja, el salario que perciben es aún inferior al que les debiera corresponder y, por factores extra-económicos, dejan de percibir (transfieren) un tercio del valor de sus remuneraciones.

Conclusiones

La migración internacional constituye uno de los temas prioritarios en toda agenda social y política contemporánea. Desde diversas trincheras políticas e ideológicas se escuchan discursos y propuestas de diversa índole, desde quienes proponen su control total, el cierre de fronteras, la construcción de muros, la criminalización de los migrantes y un largo etcétera, hasta quienes abogan por la abolición de las fronteras y el libre tránsito de personas y trabajadores, la multiculturalidad como signo de los tiempos actuales, y otro igualmente largo etcétera.

En este crisol de posiciones, el debate, sin embargo, ha estado dominado por una visión que tiende a enfocarse en dos ámbitos o dimensiones de la problemática. Por un lado, en función de los problemas sociales, económicos y culturales que la migración plantea para los países de acogida, y, por otro lado, en las oportunidades y beneficios que la migración, y las remesas en especial, representarían para los países de origen de la migración.

Desde nuestra perspectiva, sin embargo, sostenemos que esta visión de la relación entre migración y desarrollo no sólo está sesgada políticamente, sino que además no hay ni un marco conceptual sólido ni suficiente evidencia empírica que le dé sustento. En este sentido, en este texto hemos querido ilustrar una

pequeña parte de estas deficiencias, con base en la presentación de evidencia empírica que muestra y mide la contribución de los migrantes mexicanos a la dinámica económica en Estados Unidos.

Los datos presentados nos permiten concluir que la inmigración mexicana a Estados Unidos genera importantes beneficios para ese país, tanto en términos demográficos, como sociales y económicos. Demográficamente, contribuye a llenar los vacíos que está dejando en la estructura etaria el proceso de envejecimiento de la población norteamericana. En este plano, podemos señalar que esta complementariedad demográfica contribuye tanto a la reproducción de la población como a la reproducción de la fuerza de trabajo. Se trata de inmigrantes en plenas edades reproductivas pero también, económicamente activas.

En este sentido, el aporte de la inmigración es doble. Una contribución demográfica propiamente tal, junto a una contribución económica. Este segundo ámbito de aporte de la inmigración lo hemos demostrado desde dos aspectos. Por un lado, a partir de medir la importancia de la inmigración en la composición de la fuerza de trabajo, y por otro lado, a partir de una estimación del aporte directo que estos trabajadores migrantes hacen a la dinámica económica a través de la generación del PIB. En ambos casos, hemos mostrado que se trata de aportes sustantivos y de gran magnitud.

Referencias

- Acosta, Pablo, Cesar Calderón, Pablo Fajnzylber y Humberto López (2006), "Remittances and Development in Latin America", en *The World Economy*, vol. 29, núm. 7, p. 957-987.
- Adams Jr., Richard H. y John Page (2005), "Do International Migration and Remittances Reduce Poverty in Developing Countries?", en *World Development*, vol. 33, núm. 10, p. 1645-1669.

- Adelman, Irma y J. Edward Taylor (1990), "Is Structural Adjustment with a Human Face Possible? The Case of Mexico", en *Journal of Development Studies*, vol. 26, núm. 3, p. 387-407.
- Banco Mundial (2006), *Global Economic Prospects 2006. Economic Implications of Remittances and Migration*. Washington, DC, The World Bank.
- (2004), *La pobreza en México: una evaluación de las condiciones, las tendencias y la estrategia del Gobierno*, México, Banco Mundial.
- Borjas, George J. (2001), *Heaven's Door: Immigration Policy and the American Economy*, Princeton, Princeton University Press.
- Canales, Alejandro I. (2008), *Vivir del norte. Remesas, desarrollo y pobreza en México*, México, Consejo Nacional de Población.
- (2007), "Inclusion and Segregation. The Incorporation of Latin American Immigrants into the U.S. Labor Market", en *Latin American Perspectives*, vol. 34, núm. 1, p. 73-82.
- (2006), "Migración, remesas y desarrollo. Mitos y realidades", en *Unidos por las Migraciones. I Foro Iberoamericano sobre Migración y Desarrollo*, Madrid, Secretaría General Iberoamericana, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Organización Internacional para las Migraciones.
- Canales, Alejandro I. e Israel Montiel Armas (2004), "Remesas e inversión productiva en comunidades de alta migración a Estados Unidos. El caso de Teocaltiche, Jalisco", en *Migraciones internacionales*, vol. 2, núm. 3, p. 142-172.
- Castles, Stephen y Raúl Delgado Wise (2007), "Introducción. Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur", en Castles, Stephen y Raúl Delgado Wise (coords.) *Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, Secretaría de Gobernación, Organización Internacional para las migraciones, Miguel Ángel Porrúa.

- Castles, Stephen y Mark J. Miller (1993), *The Age of Migration. International Population Movements in the Modern World*, Nueva York, Guilford Press.
- De Has, Hein (2007), *Remittances, Migration and Social Development. A Conceptual Review of the Literature*, Nueva York, United Nations, Research Institute for Social Development (Social Policy and Development Programme Paper 34).
- (2005), “International Migration, Remittances and Development: Myths and Facts”, En *Third World Quarterly*, vol. 26, núm. 8, p. 1269-1284.
- Delgado Wise, Raúl y Humberto Márquez Covarrubias (2007), “El sistema migratorio México-Estados Unidos: dilemas de la integración regional, el desarrollo y la migración”, en Castles, Stephen y Raúl Delgado Wise (coords.) *Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, Secretaría de Gobernación, Organización Internacional para las migraciones, Miguel Ángel Porrúa.
- Durand, Jorge (1994), *Más allá de la línea: patrones migratorios entre México y Estados Unidos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Durand, Jorge, Emilio A. Parrado y Douglas S. Massey (1996), “Migradollars and Development: A Reconsideration of the Mexican Case”, en *International Migration Review*, vol. 30, núm. 2, p. 423-444.
- FOMIN (2004), *Remittances to Latin America and the Caribbean: Goals and Recommendations*, Washington, DC, Banco Interamericano de Desarrollo, Fondo Multilateral de Inversiones.
- Ghosh, Bimal (1992), “Migration-Development Linkages. Some Specific Issues and Practical Policy Measures”, en *International Migration*, vol. 30, núm. 3-4, p. 423-456- IOM.
- Giorguli Saucedo, Silvia y Selene Gaspar Olvera (2008), *Inserción ocupacional, ingreso y prestaciones de los migrantes mexicanos en Estados Unidos*, México, Consejo Nacional de Población.

- Huntington, Samuel (2004), *Who are we? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Jones, Richard C. (1998), "Remittances and Inequality: A Question of Migration Stage and Geographic Scale", en *Economic Geography*, vol. 74, núm. 1, p. 8-25.
- (1995), *Ambivalent Journey: U.S. Migration and Economic Mobility in North-Central Mexico*, Tucson, University of Arizona Press.
- Kapur, Devesh (2004), *Remittances: The New Development Mantra?*, Nueva York, Naciones Unidas (G-24 Discussion Paper Series).
- Martin, Philip (2002), "Mexican Workers and U.S. Agriculture: The Revolving Door", en *The International Migration Review*, vol. 36, núm. 4, p. 1124-1142.
- Moser, Caroline O. N. (1998), "The Asset Vulnerability Framework: Reassessing Urban Poverty Reduction Strategies", en *World Development*, vol. 26, núm. 1, p. 1-19.
- Nair, Sami (2006), *Y vendrán... Las migraciones en tiempos hostiles*, Barcelona, Planeta.
- Newland, Kathleen (2007), "A New Surge of Interest in Migration and Development", en *Migration Information Source (Special Issue on Migration and Development)*, Washinton, DC, Migration Policy Institute, en: <http://www.migrationinformation.org/Feature/display.cfm?id=580#top>
- (2006), *Migration for Development: Within and Beyond Frontiers*, Ginebra, International Organization for Migration.
- OIM (2003), *The Migration-Development Nexus: Evidence and policy Options*, Ginebra, International Organization for Migration.
- Piore, Michael (1979), *Birds of Passage*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Portes, Alejandro (2007), "Migración y desarrollo. Una revisión conceptual de la evidencia", en Castles, Stephen y Raúl Delgado Wise (coords.) *Migración y desarrollo: perspectivas*

- desde el sur, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, Secretaría de Gobernación, Organización Internacional para las migraciones, Miguel Ángel Porrúa.
- Portes, Alejandro y Josh DeWind (2006), "Un diálogo transatlántico: el progreso de la investigación y la teoría en el estudio de la migración internacional", en Portes, Alejandro y J DeWind (Coords.) *Repensando las migraciones. Nuevas perspectivas teóricas y empíricas*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- Ratha, Dilip (2003), "Worker's Remittances: An Important and Stable Source of External Development Finance", En *Global Development Finance 2003*, Washington, DC, World Bank.
- Sassen, Saskia (1998), *Globalization and its Discontents*. Nueva York, The New Press.
- SEGIB (2006), *Conclusiones preliminares del encuentro Iberoamericano sobre migración y desarrollo*, Madrid, 18 y 19 de julio de 2006. Madrid, Secretaría General Iberoamericana.
- Smith, James P. y Barry Edmonston (1997), *The New Americans: Economic, Demographic and Fiscal Effects of Immigration*, Washington, DC, National Research Council.
- Straubhaar, Thomas y Florin P. Vâdean (2005), "International Migrant Remittances and their Role in Development", en OECD, *Migration, Remittances and Development*, Paris, Organisation for Economic Cooperation and Development.
- Taylor, J. Edward (1999), "The New Economics of Labour Migration and the Role of Remittances in the Migration Process", en *International Migration Quarterly Review*, vol, 37, núm. 1, p. 63-88.
- Terry, Donald (2006), "Las remesas como instrumento de desarrollo", en *Unidos por las Migraciones*. I Foro Iberoamericano sobre Migración y Desarrollo, Madrid, Secretaría General Iberoamericana, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Organización Internacional para las Migraciones.

Wahba, Jackline (2005), "What is the Macroeconomic Impact of International Remittances on the Home Country?", en OECD, *Migration, Remittances and Development*, Paris, Organisation for Economic Cooperation and Development.

Zárate-Hoyos, Germán (2007), "A Multiplier Analysis of Remittances in the Mexican Economy", en Zárate-Hoyos, Germán (Ed.), *New Perspectives on Remittances from Mexicans and Central Americans in the United States. Multidisciplinary Perspectives on Remittances form Migrant Workers in the United States*, Kassel, Kassel University Press GmbH, p. 102-129 (International labor Migration 4).

